

años de vida argentina empezar a destejer, aunque en principio sea de forma imperfecta, una realidad que se muestra huraña y que no acaba de entregarse. Buen camino nos parece el elegido, muy buena y personalísima literatura que le queda por hacer de ahora en adelante.

■ JUAN M. GARCIA RAMOS.

**Jorge Guillén, poeta «impuro»**

Ni los textos de enseñanza ni los profesores en sus comentarios iban más allá de una definición de la «poesía pura». Citaban unos cuantos versos, añadían unas consideraciones sobre el 27 y para de contar.

Entre tanto existía la poesía de Guillén, e iba acreciéndose su obra, de una rara coherencia, «única», enriquecida día a día, desarrollándose orgánicamente, «como un roble o un ser humano» (Salinas). Y mientras los profesores se atenían al primer «Cántico», sucedían tantas cosas en el mundo que la poesía de Guillén iba asimilándose dentro de una prodigiosa fidelidad a sí misma. Como Casaldueiro advertiría, «a partir de este año (1936), las catástrofes históricas se acumulan y precipitan, el sufrimiento y el dolor personal se hacen también sentir». Ciento que críticos como Casaldueiro, o Salinas, o Blecau demostraban que la poesía de Guillén no tenía nada que ver con los lugares comunes que circulaban sobre ella y que invitaban a su no lectura. Que lejos de ser hermética, y oscura, y fría, y conceptual era una poesía diáfana, material y entusiasta. Pero si no se lee poesía, ¿cómo pretender que se lean explicaciones de la poesía? Así que la obra de Guillén era como un paisaje raramente transitado.

Por todas estas razones, es importante el reciente número monográfico de la «Revista de Occidente» (1). En primer lugar, porque es el estudio de un poeta, lo cual es raro en nuestro país. Ya Pedro Salinas escribía hace más de treinta años en el ensayo «Un poeta y un crítico»: «Tanto escasean los libros de críticas poéticas que ninguno de los poetas del siglo veinte —ese siglo en que tan alto se ha lle-

gado a la poesía en España— ha sido apreciado satisfactoriamente por la crítica; seguimos deseando y esperando valoraciones de la lírica de Miguel Unamuno, de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez. En el grupo siguiente sólo Federico García Lorca ha dado lugar a páginas abundantísimas...». De entonces acá han cambiado poco las cosas en este sentido, especialmente si a la lista del 98 y 27 añadimos poetas, lógicamente, a estas alturas, posteriores.



pero es que, además, el número monográfico de la «Revista» significa una muy eficaz introducción a la poesía de Guillén, del Guillén entero, el de «Aire nuestro». En él se plantea el tema de la temporalidad de la poesía de Guillén. J. L. Aranguren responderá a una propuesta que es un

reto: ¿ha sido la poesía de Guillén sensible a la actual crisis de los valores? Aranguren concluirá: «La poesía de Jorge Guillén no es una poesía intemporal», y «es, justamente por poesía comprometida con el ser, poesía cívica». Alarcos Llorach, al analizar la lengua de Jorge Guillén, reconoce que, aunque «su lengua

(1) «Revista de Occidente». Enero, 1974. Jorge Guillén, José Luis Aranguren, Emilio Alarcos Llorach, Pierre Darmangeat, Vicente Lloréns, Romero Paoli, Fritz Schalk y Eduardo Chillida. Dirigido por Claudio Guillén y Jaime Salinas.

de donde deduzco que la poesía de Guillén ha resultado más «impura» de lo que se podría esperar. Digamos que la poesía de Guillén y nuestra sociedad no se han llevado muy bien desde hace muchos años. Ni nuestra sociedad ha tenido un comportamiento mínimamente decoroso con el poeta. Es la poesía de Guillén una poesía en la emigración: las últimas ediciones de «Cántico» han aparecido en países americanos; «Clamor», y «Homenaje», y «Aire nuestro» (poesía completa) en Italia. En ese país recibe el mayor galardón que puede concederse a poeta nacional o extranjero, el Etna-Taormina; en Bélgica, el Grand Prix International; en Italia otra vez, el Premio San Luca de Florencia. En Estados Unidos se le hacen grandes homenajes y consideraciones que sólo reciben nombres como el de Eliot, Paz o Borges... Por ello escribe Lloréns: «Hoy, a sus ochenta años, Jorge Guillén... ni es académico de la Española ni recibe un simple reintegro en esa prodigiosa "lotería literaria", que tantos premios derrama sobre los escritores españoles, ni tampoco ha merecido del Ayuntamiento de su pueblo el dudoso honor de que su nombre rotule la placa de la calle o de la casa donde nació». Y concluye: «El contraste entre la resonancia externa y el silencio interior es tan marcado que no puede fundarse en consideraciones puramente literarias...».

Así, este monográfico de la «Revista de Occidente» viene a constituir una cierta compensación a tanta falta de homenajes, premios, sillones de Academia. Como lo es también el calor con que es recibido cuando alguna vez pasa por Madrid, si bien los círculos a los que el poeta llega son tan estrictos, tan clanes, que podría hablarse de pequeños homenajes clandestinos. Cuando pasó recientemente por Madrid, uno pudo comprobar la ya proverbial «incontinencia verbal»

del poeta, su afán de comunicación amistosa, y también pudo intuir una desgana del poeta para volver a España. Desde fuera, y siempre dominando la emoción, no tan puro como creíamos, quizá Guillén repita:

¿Por qué español? Lo [quiso mi destino. Años, años y años [extranjero, fui lo que soy, no lo [que convino. Hado con libertad: [soy lo que quiero.

■ CESAR ALONSO DE LOS RIOS.

**Deleuze: capitalismo y esquizofrenia**

Una de las colecciones de ensayo más interesantes de la Península, tanto por el riguroso interés de las obras seleccionadas como por la excelencia de una presentación que nos redime del lamentable «leer y tirar» a que el consumismo parece haber reducido incluso a los libros más dignos de ser conservados, es la Breve Biblioteca de Reforma, de Barral Editores. Creo que puede decirse de ella sin exageración que ninguno de sus títulos es superfluo, y varios de ellos son fundamentales: así los de Mauss, B. L. Whorf, Ansart, Cohn, Bernfeld y, sin ningún género de dudas, el «Antidipo», de Deleuze y Guattari (1), que motiva este comentario. Editar una obra de esta envergadura es siempre tarea compleja y arriesgada, digna de elogio, y más cuando, como en este caso, viene servida por una traducción realmente esforzada y fiel, la que Francisco Monge ha realizado con inteligente sensibilidad al original.

Foucault dijo que el siglo sería deleuziano; aunque quepa calificar esta opinión de amistoso

(1) El «Antidipo», de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Barral Editores.

del poeta, su afán de comunicación amistosa, y también pudo intuir una desgana del poeta para volver a España. Desde fuera, y siempre dominando la emoción, no tan puro como creíamos, quizá Guillén repita:

¿Por qué español? Lo [quiso mi destino. Años, años y años [extranjero, fui lo que soy, no lo [que convino. Hado con libertad: [soy lo que quiero.

■ CESAR ALONSO DE LOS RIOS.

**Deleuze: capitalismo y esquizofrenia**

una de las colecciones de ensayo más interesantes de la Península, tanto por el riguroso interés de las obras seleccionadas como por la excelencia de una presentación que nos redime del lamentable «leer y tirar» a que el consumismo parece haber reducido incluso a los libros más dignos de ser conservados, es la Breve Biblioteca de Reforma, de Barral Editores. Creo que puede decirse de ella sin exageración que ninguno de sus títulos es superfluo, y varios de ellos son fundamentales: así los de Mauss, B. L. Whorf, Ansart, Cohn, Bernfeld y, sin ningún género de dudas, el «Antidipo», de Deleuze y Guattari (1), que motiva este comentario. Editar una obra de esta envergadura es siempre tarea compleja y arriesgada, digna de elogio, y más cuando, como en este caso, viene servida por una traducción realmente esforzada y fiel, la que Francisco Monge ha realizado con inteligente sensibilidad al original.

Foucault dijo que el siglo sería deleuziano; aunque quepa calificar esta opinión de amistoso

(1) El «Antidipo», de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Barral Editores.

sa hipérbole, no cabe duda de que llama la atención sobre uno de los talentos más profundos y originales de la filosofía europea contemporánea: Gilles Deleuze. Su pensamiento, inspirado por algunos de los grandes clásicos sistemáticos —Spinoza y Kant, fundamentalmente—, asimila la lección de Nietzsche, la sensibilidad de Bataille y los surrealistas, y los irrevocables logros de Marx y Freud. Todo esto parece desafortunadamente «moderno», y bien pudiera ser que alguien buscara en las obras de Deleuze un divertido «puzzle» contracultural, al estilo americano; su pretensión se vería rotundamente refutada por unos libros densos, pedagógicos, meticulosos, en la más genuina tradición de la buena tesis doctoral francesa. No le son propios los espléndidos logros estilísticos de un Foucault ni la constante creación de lenguaje de Klossowski; Clément Rosset comparó su prosa a una galleta sin mantequilla: excelente, pero seca. Y, sin embargo, nada hay en esta sequedad de concesión a lo vulgar o a lo trivial: la austeridad también es riqueza cuando todo lo escrito está exigentemente pensado, es decir, es resultado de un planteamiento que selecciona y valora en la encrucijada de los discursos más significativos que nos acosan, tarea juntamente crítica y ordenadora. Quizá lo más característico del pensamiento deleuziano sea su expresa renuncia a utilizar la dialéctica hegeliano-marxista como instrumento intelectual, lo que, naturalmente, no supone abandonar lo aportado por Hegel y Marx al pensamiento occidental; en lugar de las oposiciones dialécticas, Deleuze propone una teoría de las diferencias, tendente a instaurar el estatuto de una hipotética diferencia libre que supusiera la quiebra del círculo sistemático y el paso del universo de la causalidad al del azar. Porque todo el esfuerzo del discurso deleuziano

Marthe Robert  
**Novela**  
 de los orígenes  
 y orígenes  
 de la novela

María Cruz García  
 de Enterría  
**Sociedad**  
 y poesía de cordel  
 en el Barroco

Ben Rekers  
**Arias Montano**

Gonzalo Anes  
**Las crisis agrarias**  
 en la  
**España moderna**

SI LE INTERESAN LOS LIBROS  
 DE TAURUS EDICIONES

diríjase a nuestro Departamento  
 de Promoción  
 (apartado 10.161), Madrid,  
 trimestralmente enviándole  
 más detallada una información  
 publicaciones.

Pieza del Marqués de Salamanca, 7 - Madrid-6  
**TAURUS**

ziano, aparentemente analítico y doctoral, está puesto al servicio de un objetivo nada académico: la desaparición del sistema al mostrar su ininteligibilidad de base, la azarosa opacidad no racional que le subyace y, de un modo u otro, le determina. Si hay alguien que esté hoy intentando pensar más allá de Marx y Freud en un sentido radical, ese alguien bien puede ser Gilles Deleuze.

La obra de Deleuze es relativamente poco conocida aún en España, pese a estar traducidos varios de sus libros (2); quizá la aparición del «Antiedipo» despierte nuevo interés por su pensamiento. Existen, sin embargo, dificultades para ello: al volver de Vincennes, donde Deleuze profesa sus cursos, y ver el «Antiedipo» en las librerías españolas sentí una incontentible punzada de desaliento: ¿acaso es separable ese texto de esa libérrima Facultad de Letras, del polémico diálogo con alumnos acostumbrados a elegir sus cursos entre materias que les interesan más allá de cualquier consideración del «examen final» o el «título», de un clima de exigencia política que lucha a todos los niveles por realizar sin trabas represivas de ninguna clase la experiencia del conocimiento? Pienso que si la «cultura» no es algo totalmente refractario a la libertad es porque está más lejos de parecerse al libro leído a solas y que nada nos impulsará a repetir que al combativo intento que exige para cada idea la publicidad y la polémica camaradería, designio este tan político como filosófico.

(2) «Nietzsche y la filosofía», en Anagrama; «Lógica del sentido», en Barral Editores; «Diferencia y repetición», en Cuadernos Anagrama (se trata de un fragmento de la notable tesis de Deleuze, precedida de una presentación de Michel Foucault), y «Proust y los signos», en Anagrama. Dos comentarios de Aranguren sobre la obra de Deleuze aparecieron en los números 589 y 591 de TRIUNFO.

Aquí tenemos, en cualquier caso, la obra de Deleuze, y lo demás es algo que tendremos que conquistar de un modo u otro entre todos.

No puedo intentar, en el espacio de una reseña como ésta, efectuar un bosquejo ni medianamente válido de un libro de tan compleja riqueza como éste, en el que el Deleuze filósofo se ve complementado por el joven psicoanalista Félix Guattari, reunidos ambos en un solo intento por las incidencias del Mayo francés. Ambos intentan superar el habitual esquema familiar «papá-mamá» que preside el «Edipo» freudiano; el deseo reconoce otros muchos temas aparte del jueguito de la parentela, que el psicoanálisis, convertido en agente represivo mantenedor del mito, desconoce. Es preciso, pues, sustituirlo por un «esquizoanálisis», que haya renunciado a la inacabable tarea de interpretar un inconsciente que, en tanto que pura producción, no quiere decir nada —cada interpretación se limita a sustituir unas metáforas por otras, no menos ignorantes de lo esencial— y, liquidadas de una vez las «novelas familiares», se encargue de poner a la luz el trasfondo histórico, político, social, incluso metafísico, que rige el funcionamiento de la «máquina deseante». El capitalismo es la tercera época de una historia dividida triádicamente: la preceden el salvajismo y la barbarie, con lo que viene a quedar equiparada a lo que llamamos «civilización»; cada una de estas tres épocas está descrita por un sistema notablemente más complejo que la forma de propiedad de los medios de producción. De lo que se trata en cada caso es de describir la codificación que media el funcionamiento de los flujos cualitativos del cuerpo que remiten a la producción de las máquinas deseantes: la unidad primitiva, salvaje, del deseo y la producción es la tierra, que funda y a la que se re-

miten todos los códigos; en la época bárbara sustituye a la inmanencia de la tierra la trascendencia del déspota, con una sobrecodificación de todos los códigos en torno a la institución del incesto y una desterritorialización del signo con la institución del significante por la escritura; finalmente, la época capitalista o civilizada aporta una descodificación de los flujos por medio de la figura del capital abstracto, ese dinero fluido y petrificado que puede ser visto como un doble del cuerpo sin órganos del esquizofrénico; de este modo el capitalismo juntamente institucionaliza a nivel general la esquizofrenia y arroja de sí como «lo otro» absoluto, el enemigo, a los esquizofrénicos individuales, por cuyo discurso imposible le llega inocultablemente su denuncia.

Este libro profundo y rico, en el que psicoanálisis, economía, etnología y filosofía pierden las barreras que la división del trabajo intelectual les impone, es una a modo de introducción teórica a la práctica misma del «esquizoanálisis» que, se nos anuncia, se desarrollará en obras posteriores. Se inicia con esta obra capital una nueva lectura de la realidad que permita profundizar y enriquecer, más allá de las ortodoxias y los academicismos, las posibilidades abiertas al pensamiento por la tradición filosófica, Freud y Marx. Empeño controvertible, polémico, pero apasionante, como siempre lo es el desarrollo crítico del espíritu racional. ■ FERNANDO SAVATER.

**La**  
**1.ª República:**  
**reforma**  
**y revolución**

Según hizo notar desde las páginas de **Informaciones** Manuel Pérez Ledesma, el balance historiográfico del centenario de la Federal no ha podido ser más pobre. Algunos artículos en las revistas ilustra-

das, escritos con más pena que gloria, el libro de Lacomba, la trabajada historia política de Ferrando y una buena antología son, para un balance, bien poca cosa. De ahí que, con todo merecimiento, haya sido esta última la que ha polarizado el interés de quienes, con el reclamo de la fecha, han tratado de profundizar en el conocimiento de aquella experiencia histórica.

El punto de referencia del análisis de Catalinas y Echenagusia en **La 1.ª República: reformismo y revolución social** (1) es el modelo clásico de Engels: las posibilidades que el reformismo republicano representaba para el desarrollo en España de la sociedad burguesa y la organización en la misma de la clase obrera, y la consiguiente incoherencia del radicalismo de los «intransigentes» que desencadenan las sublevaciones cantonales, así como de los núcleos bakuninistas adheridos a la Internacional. Como hipótesis, puede resultar fructífera, y es cierto también que el trabajo de Catalinas y Echenagusia se enfrenta, desde un primer momento, a todo esquema simplificador, buscando en la ordenación y el análisis de las fuentes documentales, una precisión para las diferentes situaciones de clase en la crisis republicana. Pero, sin duda por forzar la síntesis, los autores dan por resuelto el problema de las habituales connotaciones negativas con que se presentan los movimientos cantonal y bakuninista, colocándose en un plano superior de objetividad que les exime, en especial respecto al primero, de todo análisis en profundidad. La condena sin paliativos de la incapacidad militar y política del cantonalismo de las páginas 28-29, por ejemplo, subraya el habitual aspecto de fragmentación de que se acusa a los cantones y no apunta

(1) J. L. Catalinas y Javier Echenagusia; **La 1.ª República: reformismo y revolución social**. Ed. Comunicación. Madrid, 1973. 514 páginas.